



El episodio de la Pía de la Divina Comedia

Honramos las páginas de ALCANTARA con este docto trabajo debido a la pluma de nuestro ilustre colaborador, Don Diego María Crehuet.

AL poner osadamente mis manos pecadoras en la *Divina Comedia*, un impulso irresistible me obliga a declarar previamente que soy consciente de que no voy a decir nada nuevo. De Dante y de su obra está dicho todo. La bibliografía dantesca formaría una riquísima biblioteca en la que se encontrarían concienzudos y brillantes trabajos sobre todos los versos del «amador de Beatriz», sin que sean excepción los que contienen el episodio de que voy a ocuparme. No voy, pues, a descubrir un «mediterráneo»; solo pretendo comprobar la frescura de mis recuerdos del excelso poema. Vamos sin más preámbulo al episodio de la Pía, narrado en el canto V del Purgatorio.

Dante y Virgilio habían llegado a una explanada del monte, que escalaron por una senda dificultosa, donde encontraron a las almas de los que fueron negligentes para arrepentirse, y tropiezan seguidamente con la turba de las de aquéllos que murieron de muerte violenta y se arrepintieron de sus pecados en el último instante de su vida, es decir, que escaparon de la condenación eterna por «un punto de contrición». Jacopo del Cassaro y Buonconte de Montefeltro refieren a Dante las circunstancias de su respectiva muerte e inmediatamente otra alma le dice:

«Deh, quando tu sarai tornato al mondo,
e riposato de la lunga vía».
seguitó il terzo spirito al secondo,
«ricorditi di me che son la Pía:
Siena mi fe; disfecemi Maremma;
salsi colui c'hinnanellata pria.
disposando m'avea con la sua gemma».

Tales son la súplica y la manifestación contenidas en estos siete versos—finales del canto V del Purgatorio—que encierran el episodio.

Según antiguos glosadores—cfr. Cansini—esta dama fué Pía, de la ilustre familia *dei Tolomei*, de Siena, noble y gentil señora, casada en primeras nupcias con Nello de Inghiramo dei Piamocchieschi, señor del Castillo della Pietra, en Maremma, que la hizo matar por el solo motivo de quedarse libre para poderse casar con la Condesa Margarita, hija de Hildebrando degli Aldobrandeschi, dos veces viuda y, por tercera vez casada, nuevamente libre en virtud de haberse disuelto a los dos años de contraído el tercer matrimonio.

Con un suspiro, mezcla de ternura y dolor, comienza la Pía sus manifestaciones, y no parece sino que con él quiere el poeta dar el tono al relato y envolver en su dulzura y melancolía el episodio por la brevedad del mismo y en el que dice tanto lo narrado como lo que sugiere y deja sobreentender. Seguidamente el alma atormentada pide a Dante que, cuando regrese al mundo y descanse del largo viaje, se acuerde de ella. La súplica, en efecto, es afectuosa y humilde, pero me parece que la recaman con exceso los comentaristas al presentarla desde luego como expresión de un corazón femenino nobilísimo que se muestra con afectos de madre o de hermana. Porque la súplica, si es tal, adopta siempre el tono de la humildad y procura captarse la simpatía y si es posible hasta el enternecimiento del suplicado para hacerla más eficaz; y en cuanto a que espere a que el poeta descanse de su larga jornada, modestamente opino que antes o tanto como a benignidad de alma se debe a elemental discreción. Téngase en cuenta que aunque lo que la Pía dice al poeta es que se acuerde de ella, el recuerdo no ha de entenderse como suena, es decir, cual una simple evocación de su persona y del encuentro de ambos. La Pía está en el Purgatorio, en un lugar de expiación y aunque en el del poema no hay las llamas atormentadoras, es decir, no existe la pena de *sentido*, las almas sufren la de *daño*, la privación de la vista de Dios, pudiéndose aminorar su duración mediante las oraciones, sufragios, obras piadosas y aplicación de los méritos de Cristo, realizados por los fieles en este mundo. Esto es lo que significa el recuerdo que la Pía demanda de Dante, como lo demuestra el que Jacopo del Cassaro y Buonconte de Montefiello suplicaron del poeta lo mismo en términos más expresivos y claros. Y como el poeta no podía aplicar aquellos sufragios y demás sino en este mundo y después de su largo viaje, la Pía tenía discretamente que hacerle el ruego para tal sazón.

La figura de la protagonista es conmovedora, sus trazos admirables y todo el episodio bellísimo sin necesidad de apostillar y reforzar los sobrios y seguros rasgos que empleó el numen del genial poeta.

Tras la súplica y la declaración de su nombre, la Pía menciona el lugar de su nacimiento, Siena, y el de su muerte, Maremma. Aunque respecto a la última hay varias versiones, últimamente competentes glosadores convienen en que fué del modo siguiente: hallándose la infortunada señora asomada a una muy alta ventana del castillo de la Pietra, asentado en un valle profundísimo de Maremma, en el sitio que la tradición ha denominado el Salto della

Contessa, a la derecha del torrente Bruna, un criado de Nello por mandato de su señor la sorprendió y cogiéndola por los tobillos la arrojó al precipicio, sin que por entonces nada se supiese de tan bárbaro crimen.

A la mera mención de aquellos lugares agrega la triste mujer:—Bien lo sabe—sobreentiéndose «su historia»—aquél que la desposó poniéndole su enjoyado anillo.—Así termina el episodio.

Es de advertir, aunque a muchos lectores españoles pueda parecer cuestión leve, que varios comentaristas encuentran oscuros los dos últimos versos y los traductores castellanos de difícil versión, rara vez lograda con pleno acierto.

Para algunos de los primeros la frase *innanellata pria* indica que la Pía había contraído anterior matrimonio, y reemplazando el gerundio *disposando* por el participio *disposato* el sentido sería: Bien lo sabe aquél que siendo yo viuda me había desposado poniéndome su anillo. Con tal interpretación, dicen, el sentido de los versos en cuestión es diáfano, de otro modo es difícil cohonestar esos dos *ensortijamientos*. A esto contesta la crítica moderna que no hay duda de que la Pía contrajo con Nello primeras nupcias según acreditan indirectamente antiguos documentos y que en los versos discutidos se alude a los dos actos simultáneos en que consistía el rito nupcial: el de declarar que se toma a la mujer por esposa (*disposando*) y el de poner el anillo a la desposada (*innanellar*).

No tengo autoridad para terciar en la cuestión que, después de todo, para un lector español no afecta a la comprensión y estimación estética del episodio; sin embargo el adverbio *pria* parece que dificulta la cabal inteligencia del verso «disposando m'avea con la sua gemma», siquiera subsista claramente que quien conocía la historia de la infeliz mujer era el que la desposó, el marido.

Tal es el conmovedor episodio de la Pía. En mi modestísima opinión la ternura que encierra es producto del ambiente en que el magno poeta envolvió el Purgatorio, ambiente de paz, de serenidad, de *saudade*, que matiza los recuerdos de las almas con tintas pálidas y rasgos esfumados, y todo lo doloroso que pasó en el mundo se perdona sin que quede más que un eco desmayado y sutil análogo a la suspirante vibración de la campana, percibida tenuemente en la soledad y el silencio. Odios y rencores, iras desatadas, ansias frenéticas se funden en el Purgatorio dantesco en ese afecto de mansedumbre y benignidad que lo suaviza y aterciopela como el pedal los acordes del arpa y por eso se ha dicho con razón que el purgatorio de la Divina Comedia es el reino de la melancolía. Todo, con efecto, es melancólico en el episodio de la Pía. Desde el suspiro con que se inicia el relato y la mención de los lugares de su nacimiento y muerte, soslayando los pormenores de su historia, hasta la perífrasis con que se alude al autor del horrendo crimen de que fué víctima y del que solo se señalan los rasgos del desposorio con la colocación del anillo nupcial, todo destila el sereno y manso dolor matizado de ternura que lo ennoblece y que se manifiesta en esa vaguedad mórbida e imprecisa del sufrimiento que perdona y calla

y solo conserva un rictus de amargura delator de la pasada tempestad. Bajo tales afectos la Pía esboza su drama y no tiene un gesto de rencor para su matador. A este efecto, y solo a él, compárese a esta dulce hija de Siena con la ardorosa y patética mujer que sufre la pena de su lujuria azotada por la *infernál bufera*, unida eternamente a su amante en el segundo círculo del Infierno. También Francesca murió asesinada por su marido; pero ella no mereció el perdón de la Justicia divina y en vez de ir a la mansión de la melancolía donde la expiación es transitoria y todo ha de ser perdonado, es fulminada al reino de los eternos suplicios donde no se oyen sino maldiciones y blasfemias, palabras de dolor y acentos de ira. Por eso mientras la Pía no tiene para su matador sino una evocación melancólica, Francesca, que se declaraba ofendida por el modo en que se la mató, se regodea con el pensamiento de que a su asesino le aguarda el horrendo recinto de Caina envuelto en oscuridad y bajo la gélida costra que en las aguas de la pavorosa laguna produce el batir de alas del espantable Dite. Por eso también Dante oye a la Pía callado y sereno y así continúa su camino, y en cambio, el relato de Francesca y las lágrimas de Paolo le producen tan honda e irrefrenable conmoción, que ante aquél patético cuadro de pasión y miseria desesperada se desploma como cuerpo muerto. El episodio de Francesca tiene el sublime horror de la tragedia: el de la Pía la trémula emoción del drama sentimental.

DIEGO MARÍA CREHUET

Página poética

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

I

LEJANA ESTAMPA INFANTIL

Claro atardecer sonoro...
En la paz de la plazuela,
los muchachos de la escuela
juegan que juegan «al toro».

Estudiantil chaquetilla,
o blusita de aprendiz,
borda en la tarde feliz,
faena de maravilla.

De unas niñas la canción
de nostalgia el viento empaña:
«...y de los Reyes de España
Alfonsito de Borbón».

«¿Dónde vas?, Alfonso doce...»
en la clara tarde quieta
hay un temblor de saeta
que nos hiere con su roce,
en la triste evocación
de aquella Mercedes buena,
por quien sufre su real pena
Alfonsito de Borbón.

¡Lejana estampa infantil,
tan netamente española!
Hoy el alma ya está sola
de aquellas tardes de abril.

Al atardecer sonoro,
en la paz de la plazuela,
los muchachos de la escuela
no saben jugar «al toro».

Por el «fútbol» o el «boxeo»
dieron a un doliente olvido

aquel ayer, florecido
de candor y de deseo;

ayer que prendió a raudales,
entre sus firmes aristas,
ensueños españolistas
y anhelos tradicionales.

Mientras los muchachos gritan
con voces de otras naciones,
las niñas lanzan canciones
donde otras tierras palpitan.

Huyó para siempre, uraña,
la candorosa canción:
«...y de los Reyes de España
Alfonsito de Borbón...»

Viejo perfil olvidado
del atardecer sonoro...
¡Qué españolista tesoro
tenías en tí encerrado!

Te han barrido soplos fieros,
y en la paz de la plazuela
los muchachos de la escuela
tienen algo de extranjeros.

Bajo el cielo de arrebol
vibran juegos y canciones,
vacíos de evocaciones
de lo auténtico español.

¡Qué dolorosa emoción
ante tanta cosa extraña!
¡¡Ay, aquella vieja España
de Alfonsito de Borbón!!

Cáceres, 1932.